

LA SOMBRA DE DE GAULLE

Con dificultad evidente, subía en mi coche 2 c.v la empinada cuesta que me llevaba al Castillo de Santa Catalina. Desde hacía varios meses, tenía la intención de rodar un corto sobre la Ruta de los Castillos en la provincia de Jaén. Había decidido pernoctar unos días en aquel Parador, buscando la tranquilidad suficiente que me permitiera reflexionar sobre el hilo conductor de mi documental.

La tarde se hacía con la ladera de la sierra y los pinos cerraban la luz y se oscurecía aún más el ambiente. El coche pasó gimiendo por el arco de medio punto de la entrada, y lo dejé descansando junto a uno de los muros de piedra.

- Buenas tardes señor, soy Mariano, ¿en qué puedo servirle?,
- Una habitación para dos noches, por favor.
- Muy bien, aquí tiene, la nº 13, es la única que nos queda libre...

Por un largo corredor, angosto, con arcones de madera y con alfombra de esparto, tuve por un momento la sensación de que el tiempo que empleaba para llegar a mi habitación, la última al fondo, me hiciera penetrar en ese punto del tiempo, el instante, en el que los acontecimientos parecen detenidos, sumergidos en esa sustancia viscosa que es el éter, como si los hechos se congelasen, y nada cambiase, al igual que en un frasco de formol la lagartija que se guarda por el biólogo, parece hinchada en una espera sin segundo.

Volví a la realidad, con el ruido de la llave en la cerradura y los golpes en la madera, que al girarla daba un enorme llavero de metal contra la puerta.

- Su habitación señor.
- Gracias..., un momento, por favor, ¿me puede llamar mañana a las siete?,
- Seguro señor.

La vista era magnífica, la ventana se abría frente a la Sierra de Jabalcuz, escarpada en crestas de piedra que recordaban un plegamiento accidentado y rebelde. Un sitio agreste y a la vez atractivo, casi sobrecogedor, pero también sereno.

En el interior, una mesa rústica de trabajo, un ambiente sobrio, una cama, me llamó la atención, con dosel; y ese olor que da la madera antigua cuando se la mantiene con aceite.

Ese olor... volvió a abstraerme, como por un encantamiento de perfumes, tan grato a los árabes que durante tanto tiempo habitaron esta zona, y cuyas artes aromáticas continuaron a través de los siglos, incluso en manos de quienes más tarde les expulsaron. Muchas veces he pensado que los olores son también una forma de escapar al tiempo, pues ellos, aunque las formas cambien, siempre permanecen en los aromas, que en su aparente fragilidad, son, sin embargo, más estables que la materia misma.

Me senté en la mesa, y cogí unas cuartillas para ponerme a escribir, mientras rozaba con la yema de los dedos la textura de la tabla. Volví, de nuevo, a sentirme más allá de ese punto del tiempo que llaman presente. Hay grietas en el espacio que liberan la conciencia, y es como si no hubiese más que un presente sin solución de continuidad. Un punto en el que todos los momentos se encuentran, un torbellino, que al ser un vórtice, no tiene movimiento, o si lo tiene, parece imperceptible; y todas las vivencias que acontecieron en ese espacio se vuelven a encontrar, porque nada de lo que fue ha dejado de ser.

En la habitación había un hombre corpulento, una magnífica estampa que con una voz *de profundis* recitaba trozos de una memoria que estaba escribiendo. Notó mi presencia y por un momento se molestó, o al menos me pareció que sentía que estaba violando su intimidad. Se sentó en uno de los sillones, dejándose caer lentamente como dominando con control sus movimientos, y preguntó a su compañera, una señora de gran

dignidad que se encontraba mirándole sentada sobre uno de los bordes de la cama.

- ¿Servirán de algo estas memorias?,
- Todo depende, depende del sentido con el que las escribas.
- Quiero apresar el tiempo en ellas, detener las horas entre sus letras, fijar los hechos y las sensaciones que he vivido, como el coleccionista que clava una mariposa en el panel de su estudio.
- ¿Tiene sentido abrirse a los demás...?,
- No sé, según, pero al menos encierran recuerdos, como cuando niño, guardas en una caja de cerillas los pequeños amuletos de la infancia.
- Entonces te sirve a ti. A nadie le interesan los recuerdos de un niño, sólo a él.
- Si, es probable...la paz de este Castillo, me ha permitido revisar mi vida y, como en la caja de cerillas, he vuelto a guardar mis acciones, que son como amuletos..., y ahora, cuando al releerlos he vuelto a abrir la caja, como en el mito griego, veo que mi vida encierra muchas aristas, y también mucho dolor..., pero siento que valió la pena vivirlas; en el fondo aquí también queda la esperanza.
- Eso está bien, ¿y por qué no las llamas memorias de la esperanza?.

Aquel hombre inmenso, se recostó sobre el respaldo del sillón, mientras aceptaba la sugerencia con un movimiento de cabeza.

El olor fue cada vez más penetrante, y olía a aceite, a perfume de lavanda, a almizcle, y quizás a miel. Sentí una profunda felicidad en aquel momento detenido, e intuí que la eternidad, es también otro tiempo, es el devenir del éter, esa edad donde los acontecimientos transcurren de otro modo, y en él todos los puntos se encuentran, todas las aristas se pulen, y que el tiempo es en realidad una excusa de la eternidad para ocultar sus tesoros.

En un instante se puede rasgar el velo, y aunque todo sigue aconteciendo, en esa

brizna de tiempo que es el presente, se abre una ventana al infinito.

El timbre estridente del teléfono rasgó el ambiente y otra vez me encontré sobre mis papeles, acariciando la mesa de madera con la yema de mis dedos.

- Buenos días, señor, soy Mariano. Son las siete, señor.

- Gracias,....Buenos días.

Media hora más tarde me encontraba en recepción, con una noche en vela a mis espaldas, pero con las ideas claras de lo que quería hacer. Filmaría la Ruta de los Castillos, pero no sería nada convencional. Los castillos me servirían de pretexto para analizar el paso del tiempo, y sus recónditos misterios. Esta noche había tomado conciencia de muchas cosas.

- Por cierto, Mariano, tengo una curiosidad, ¿por qué en la habitación que me ha dado la cama tiene un dosel con cortinas?.

- Muy sencillo, señor, lo pidió la señora de De Gaulle para poder descansar, mientras él , por las noches, redactaba sus memorias durante el tiempo en el que se alojó en este Parador.

- ¿Se retiró a escribir aquí?,

- Sí Señor, creo que le llamó "Memorias de la Esperanza" o algo así, ¿por qué me lo pregunta?.

- no..., por nada..., qué curioso. Hasta luego, Mariano.

- Adiós, señor.

La mañana era espléndida y desde la explanada del Castillo se divisaba el paisaje recortado de olivos, geométrico y singular y sobre ellos, afianzada, la ciudad de Jaén.

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert